

más que gente leyendo con extraordinario placer el folletito encarnado. Todo aumentó la curiosidad, y muy particularmente la personalidad de Rochefort. ¿Qué se proponía aquel jovial *boulevardier*, súbitamente transformado en libelista? ¿Era republicano?, ¿revolucionario? ¿Aspiraba únicamente á acrecentar pronto su fama? Muchos, fundándose en su origen y en el patronato de Villemessant, afirmaban con toda seguridad que no era más que un legitimista disfrazado.

Experimento cierto embarazo al hablar de ese libelo periódico que, durante cerca de tres meses, estalló cada semana como un petardo. Hoy sus pequeñas páginas resultan frías, descoloridas, insípidas, y se necesita cierto valor para leerlas hasta el fin. Como las alusiones han envejecido con el tiempo, nada disimula ya la pobreza de ideas. No hay allí ningún pensamiento dominante en torno del cual resplandezca todo lo demás; ninguna preocupación de los hechos ni de su exactitud; ningún deseo de ser justo ni de parecerlo siquiera; muchas máximas cónicas; una perpetua carrera en busca de frases de efecto, unidas por un lazo artificial. Los contemporáneos no conocieron estas severidades. La sociedad decadente del segundo imperio había encontrado un publicista á su imagen. Era demasiado refinada para los pesados chistes del *Siècle*, demasiado humana para las terminantes máximas de Delescluze y de sus iguales, demasiado burlona para las solemnes metáforas que más tarde habían de prodigar Víctor Hugo y sus discípulos. Desde el primer número de *La Linterna*, aquella sociedad comprendió que se había dado con el gran bufón. El arte de éste consistía en una especie de abultación burlesca: no era la exageración poderosa de Rabelais—no hay que citar á los grandes á propósito de Rochefort,—sino una caricatura enorme como hubiera podido dibujarla en los muros, un día de inspirado buen humor, el más osado de los pilluelos de París. La frase era corta, y los párrafos de poca extensión se hallaban separados por espacios y asteriscos, lo cual economizaba texto y permitía multiplicar las frases finales de efecto, en que Rochefort sobresalía. Uno de sus procedimientos más habituales consistía en la reunión inesperada de los asuntos más diversos: del contraste nacían toda clase de jocosidades imprevistas, y el recurso, aunque artificial, hacía reír por fuerza. Todo aquello se mezclaba, se cruzaba y se entrecruzaba en un desorden muy preparado, con grandes audacias en la impertinencia y un perpetuo estrépito de vidrios rotos. Después de la represión de los años anteriores, la sociedad imperial atravesaba una crisis de indisciplina. Sentía ardientes deseos de mostrarse irreverente. Aspiraba, no á destruirlo todo—otros vendrían más tarde á destruir,—sino á burlarse de todo. La gran originalidad, la gran osadía de Rochefort consistió en no detenerse en el camino de la irreverencia y en asestar sus golpes lo más alto posible. Con una frase maliciosa, alcanzaba á los servidores del príncipe, á los Pinard, á los Persigny, á los Rouher. El verdadero objetivo era la dinastía. Dirigía al trono una mirada burlona y atrevida, con una risa contraída de vez en cuando por una mueca. «Soy profundamente bonapartista, decía en el primer número de *La Linterna*. Sin embargo, se me permitirá escoger mi héroe en la dinastía. Como bonapartista, prefiero á Napoleón II. Estoy en mi derecho. Hasta

añado que él representa para mí el ideal del soberano. Nadie negará que haya ocupado el trono, puesto que su sucesor se llama Napoleón III. ¡Qué reinado, amigos míos, qué reinado! Sin contribuciones, sin guerra, sin lista civil. ¡Oh, sí! Napoleón II, yo te amo y te admiro sin reserva.» A esta efusión de alegría loca seguía la ironía destinada á herir al soberano en lo más sensible, es decir, en su cuna y en su raza. «Aprovecho la ocasión para señalar una injusticia de que se asombrará la historia. Trátase perpetuamente de la reina Hortensia en las esferas oficiales, y no he encontrado jamás, ni aun en boca de las fidelidades mejor pagadas, una palabra amable para el rey de Holanda, su esposo. Hay en esa especie de abandono del rey Luis, comparado con el culto de que la reina Hortensia es objeto, algo que escapa á mi penetración y que reclama un comunicado.» La mayor parte de las veces la impertinencia se condensaba en una corta frase soltada de pronto y como de paso: «Se anuncia la historia de Carlomagno escrita por Napoleón III; ¡cómo me gustaría leer la historia de Napoleón III escrita por Carlomagno!» Mezclábanse con la insolencia las bufonadas más asombrosas: «Dicen que las cenizas de Napoleón van á ser enviadas bajo sobre á Santa Elena, con el pretexto de que fueron traídas á Francia por el príncipe de Joinville; eso es quizá llevar la susceptibilidad un poco lejos; pero yo admiro esa grandeza de alma.» Seguían toda clase de narraciones, á cual más fantástica é irreverente, sobre la muerte de Nero, el perro favorito del emperador. A veces la alusión osaba ir hasta un voto muy claro por el derrocamiento de la dinastía: «Pretenden que los calores prematuros que sufrimos deben atribuirse á la presencia de un cometa todavía imperfectamente visible. Sabido es que en todos tiempos la aparición de un cometa ha precedido á un grande acontecimiento. Yo no espero más que un grande acontecimiento en el mundo; ¡pero tengo tan poca suerte! ¡Ya veréis cómo aún no sucederá este año!»

Rochefort pudo escribir más tarde en ese estilo que le es peculiar: «A esa pobre persona del soberano yo la retorció como ropa vieja (1).» Aquella persecución al emperador por un simple periodista pareció al público el espectáculo más divertido del mundo. En efecto, nunca se había divertido tanto desde *La Gran Duquesa de Gerolstein*. Sin contar los pingües productos de la venta, el libelista conoció todos los pequeños beneficios de la fama; vendióse á profusión su retrato; se le siguió por la calle y se llevaron pequeñas linternas en las cadenas de reloj. También tuvo sus enemigos: en primer lugar Villemessant, que encontró excesivo el éxito de su discípulo, y luego todos los antiguos republicanos, secretamente envidiosos de tan súbita fortuna. ¿De qué serviría haber conspirado durante el reinado de Luis Felipe, haberse batido en los arrabales, haber protestado contra el golpe de Estado, haber sufrido el destierro, la prisión y la deportación, si algunos chistes de un exarticulista del *Figaro* borraban todos aquellos títulos? Lo que probó más que nada su popularidad fué la abundancia de las imitaciones. El libelo semanal se puso de moda. Los hubo de todos colores, de todo tamaño y con toda clase de emblemas. Después de la

(1) Rochefort, *Aventures de ma vie*, tomo I, pág. 336.

Linterna verdadera fueron innumerables las falsas *Linternas*, así como después del *Robinson Crusoe* fueron innumerables los Robinsones de imitación.

El éxito, vivo y brillante como un castillo de fuegos artificiales, no era de los que duran. Al cabo de tres meses, el gobierno se decidió á intervenir. Procesado y condenado á un año de prisión, Rochefort escapó á la pena refugiándose en Bruselas. Allí, en la seguridad del destierro, siguió publicando su periódico, pero con más injurias y menos talento, ya porque su facundia se agotase, ya porque le faltase el aguijón del peligro. Otros asuntos distraían ya la opinión pública. Pero, en la historia del reinado, este episodio merecía no ser omitido. Aunque su prestigio había menguado, el imperio era aún demasiado fuerte para que el ataque de un libelista pudiese causar inquietudes. Sin embargo, lo que recibió entonces un golpe cruel fué la idea del respeto que decididamente acababa de morir.

IV

El momento pareció oportuno para sacudir las últimas timideces. Hasta entonces la oposición democrática había criticado las tendencias generales ó las leyes particulares del reinado, denunciado el absolutismo ó reivindicado la libertad. Como aumentase la osadía, se afirmó el designio de escudriñar los orígenes del Imperio y marcar con un sello infamante el acto de que había nacido.

El ataque empezó con un libro, continuó con una manifestación y terminó con un proceso memorable en que los verdaderos victoriosos fueron los condenados y sobre todo su abogado.

El libro se publicó en julio de 1868. Titulábase *París en diciembre de 1851*, y su autor era un redactor del *Siècle*, llamado Eugenio Tenot, escritor desconocido hasta entonces y que más tarde había de volver á caer en la obscuridad. Aunque compuesta para el servicio de un partido, la obra denotaba una notable prudencia en la pasión. En el tono general del texto reinaba un gran acento de reprobación, pero sin escándalo comprometedor. Muchos hechos y pocos comentarios; ningún relieve en el pensamiento, ni elocuencia alguna en la expresión. Una exposición sin vuelo y sin calor, pero en la cual los acontecimientos se encadenaban en un orden natural, con bastante fuerza y claridad: errores harto numerosos, y exageraciones todavía en mayor número, pero insinuándose tanto mejor cuanto que ningún exceso de lenguaje ponía el espíritu receloso ni revelaba intención preconcebida. Parecía la obra descarnada de un cronista que relata lo que ha recogido y que, si refiere cosas deshonestas ó criminales, no las presenta bajo tal apariencia sino porque tal es su verdadero aspecto.

Se puede afirmar sin paradoja que el escrito debió en parte su éxito á las cualidades de que carecía. El periódico á que pertenecía el Sr. Tenot le prestó el patronato de su publicidad; y los burgueses que leían el *Siècle* (que eran todavía en gran número) se hubieran escandalizado de invectivas demasiado ruidosas. En cuanto al vigor del pensamiento y á las galas del estilo, la lectura de su periódico diario les había acostumbrado á pasarse de esas superfluidades. En cambio, aquella obra

de giro moderado y de talento moderado también, estaba á su nivel; y era entonces tan conveniente ser mediocre que daban ganas de serlo adrede. El espíritu no se sentía desde luego subyugado, pero sentíase poco á poco conquistado por la continuidad de una acusación que se desarrollaba sin cólera aparente. Recomendada por los anuncios del *Siècle* y después por toda la prensa democrática, la obra se propagó rápidamente. El señor Tenot había publicado tres años antes, con el título de *La Provincia en diciembre de 1851*, otro libro que no había llamado la atención. De golpe, los dos tomos fraternalmente unidos, el uno reciente y el otro viejo aun-



Enrique de Rochefort-Luçay

que rejuvenecido, circularon de mano en mano. El efecto consistió en hacer revivir en la memoria de las gentes todo lo que en ella dormitaba desde hacía diez y siete años. A raíz de los sucesos se había tenido conocimiento, aunque muy en globo, de los rigores del golpe de Estado: luego, en parte por resignación y en parte por prudencia, se había procurado olvidarlos. He aquí que se presentaba la ocasión de refrescar la memoria, precisamente en el momento en que el descrédito del Imperio hacía popular toda oposición. Volvióse á hablar, como de cosas de actualidad, de la alcaldía del décimo distrito, de las barricadas empezadas en el arrabal de San Antonio y de las represiones ó, como se decía, de las matanzas del bulevar. El relato de las insurrecciones provinciales, que nunca habían sido bien conocidas, suscitaba aún más comentarios. Muchos de los campesinos languedocianos ó provenzales, de quienes hasta sus paisanos se habían olvidado, adquirieron de pronto celebridad. El más famoso fué un tal Martín Bidauré, dos veces fusilado (1). Republicanos radicales, demócratas de opinión moderada, burgueses liberales, todos

(1) Véase Tenot, *La Province en décembre 1851*. — Véase también el *Figaro* del 19 de julio de 1868, y *La Gazette des Tribunaux* del 12 y 26 de agosto de 1868.

evocaban sus recuerdos; y, así lo falso como lo verdadero, todo se recordaba en confusión y todo parecía bueno para ser recogido y publicado, con tal de que recordase en contra del gobierno.

Los republicanos observaban este movimiento con una alegría muy natural. Sin embargo, el resultado sería incompleto si la nueva escuela histórica se limitase á condenar el acto de diciembre. La perfección estaría en matar dos pájaros de un tiro. Al mismo tiempo que se formularía contra el Imperio una formidable acusación, se rodearía de una leyenda á los hombres hasta entonces ignorados que habían arriesgado su libertad ó su vida por el derecho. De este modo, la reprobación contra los violadores de la ley aumentaría á causa de las simpatías por las víctimas. Los políticos del partido comprendieron la oportunidad de esta conducta y empezaron á buscar mártires que canonizar.

La empresa era ingeniosa; pero exigía una circunspección consumada. La parte flaca de la república eran precisamente sus defensores. Que se recorriesen los sitios en que se habían desarrollado las luchas civiles, que se interrogase á los sobrevivientes de las antiguas discordias, y se hallarían en los más intratables adversarios del Imperio juicios severos ó desdeñosos sobre los combatientes de antaño. Aquellos campeones de la legalidad se habían pasado generalmente la vida violando todas las leyes, y con frecuencia los florones de su aureola hubieran tenido que formarse con las condenas de sus antecedentes judiciales. Por más que esto estimulase poco, continuaron las investigaciones, y, á falta de mártires provinciales, París pareció ofrecer el modelo deseado.

En la mañana del 3 de diciembre de 1851, un grupo de representantes había acudido á animar á los obreros á que defendiesen el arrabal de San Antonio, donde se habían levantado varias barricadas. Los obreros no contestaron al llamamiento; hasta hubo algunos que, aludiendo á la indemnización diaria de los diputados, replicaron de un modo acerbo: «No necesitamos hacernos matar por vuestros veinticinco francos.» Uno de los aludidos se llamaba Baudin, el cual replicó: «Pues vais á ver cómo se muere por veinticinco francos.» Esto diciendo, subió á la barricada, contando con que arrastraría á los obreros con su ejemplo. Las tropas subían por el arrabal. Vióse á Baudin agitando una bandera, como último llamamiento á sus compañeros; los soldados hicieron fuego y él cayó seco.

Tal era el rasgo referido á raíz de los sucesos y recordado ahora por Tenot. Una investigación minuciosa en la vida del que así se había sacrificado hubiera traído descubrimientos capaces de desconcertar á cualquiera. Se hubiese averiguado, por ejemplo, que, en 15 de mayo de 1848, aquel mismo Baudin había figurado entre los invasores de la Asamblea (1); lo que probaba nociones intermitentes en materia de legalidad. Ante el heroísmo de tan hermosa muerte, ¿quién se hubiese atrevido á recordar aquellas inconsecuencias? ¡Qué feliz audacia si se podía exhumar en cierto modo de su féretro al glorioso muerto, y oponerlo como un espectro vengador á Bonaparte victorioso!

Era precisamente á fines de octubre, y en las inme-

(1) Véase *Monitor*, 1848, pág. 1061, primera columna.

diaciones de los cementerios se preparaban los mostradores de flores y coronas mortuorias. El año anterior, el partido democrático se había aprovechado de la fecha de 2 de noviembre para iniciar una manifestación sobre la tumba de Manin. Era una manera de protestar contra la expedición de Roma y de ver lo que se podía intentar. En 1868, las mismas cenizas no podían servir, pues los restos del gran patriota italiano habían sido trasladados á Venecia y la cuestión romana no era ya de actualidad. Había otras tumbas que el pueblo conocía; pero se las había explotado con demasiada frecuencia para que no hubiese necesidad de buscar algo nuevo. En 29 de octubre, el *Reveil* hizo alusión á la solemnidad del 2 de noviembre y, en una nota muy breve, lanzó á sus amigos el nombre de Baudin. A los oídos de muchos este nombre sonó singularmente. Pareció algo extraña aquella resurrección de una memoria que durante diez y siete años se había dejado sin rendirle homenaje. Después de todo, el duelo, aunque tardío, valía más que la indiferencia; y además, así como la Iglesia tardaba mucho en canonizar á sus santos, la democracia, bastante rutinaria en el fondo, podía imitar en esto á la Iglesia.

Al principio nada más humilde que esta manifestación, si tal puede llamarse. Delescluze había indicado un nombre, pero ni él ni nadie, al parecer, había organizado un programa, fijado un punto de cita ni trazado un plan de acción. En cuanto al gobierno, no había hecho á sus adversarios el honor de temerlos. Había circulado el rumor de que mandaría cerrar los cementerios el 2 de noviembre. Pero no se le había ocurrido tal cosa. A eso de la una se vió entrar en el cementerio de Montmartre á unos cuantos hombres que la policía conocía y vigilaba. Serían unos veinte á lo sumo. Entre ellos se encontraban un redactor del *Reveil*, Carlos Quantín, un zapatero llamado Gaillard y su hijo Augusto. Un poco más tarde llegó Abel Peyroutón. Es triste rebajar el homenaje rendido á la abnegación muy real de Baudin; pero aquellos ardientes vengadores de la Constitución violada, aquellos celosos turiferarios de la legalidad, los dos Gaillard, padre é hijo, y Abel Peyroutón, figuraron todos, dos años después, en la *Commune*.

Se había proyectado vagamente la manifestación, pero sin prepararla. Los cabecillas no sabían desde luego qué camino seguir. Conocían las tumbas clásicas, como la de Godofredo Cavaignac, pero no sabían á punto fijo dónde descansaba el que querían honrar. Vagaron al principio por diversas alamedas, y desconfiando de encontrar por sí solos al mártir, preguntaron á uno de los vigilantes del cementerio. Este comprendió mal é indicó la sepultura del almirante Baudin. Por fin Gaillard padre descubrió la losa bajo la cual se hallaba enterrado el antiguo representante del pueblo. Era una piedra modesta, con una inscripción ya borrosa y sin huella alguna de recuerdo ó de afecto. En seguida se organizó una especie de servicio de orden para dirigir hacia allí á los retrasados. La cosa no era fácil; instintivamente, los acostumbrados á las escaramuzas mortuorias se dirigían hacia el mausoleo de Godofredo Cavaignac como los peregrinos hacia una Virgen. Después de muchos esfuerzos, reuniéronse unas sesenta personas. Sin dilación se exaltaron, con grandes demostraciones y co-

mo para recuperar el tiempo perdido. Convirtiendo en tribuna una sepultura algo elevada y rodeada de una verja, Quantín pronunció algunas palabras; adelantóse luego un joven declarando llamarse *pueblo y juventud* y amenazando con una pistola á todo el que osase contradecirle. Los manifestantes gritaron: «¡Viva Baudin! ¡Viva la libertad!» y también, aunque en voz baja: «¡Viva la República!» Hablóse de todo. Se dijo que el emperador no pasaría de 1868: los más moderados le concedían hasta 1869. Se dieron luego cita para el 3 de diciembre, aniversario de la muerte del representante. Cuando los manifestantes levantaban demasiado la voz, Gaillard padre, que se había arrogado una especie de dirección, aconsejaba la calma. Aprovechando un momento de silencio, hizo adelantar á su hijo, que era pintor en porcelana y poeta y se puso á recitar versos. Muchos de los fieles ó curiosos que aquel día visitaban el cementerio, se acercaron á la manifestación. De esta manera aumentó el grupo, que llegó á componerse de unas doscientas personas. Abel Peyroutón pronunció también un discurso. La tarde empezaba ya á caer. De pronto oyóse ruido de tambores. Los más exaltados creyeron que llegaba la fuerza pública y hablaron de resistir, haciéndose ilusiones sobre su importancia. Aquel redoble era la pacífica señal de los vigilantes que, al acercarse la noche, hacían evacuar el cementerio. Los manifestantes se dispersaron en pequeños grupos, y las rejas se cerraron tras de ellos.

El proyecto de manifestación había sido hasta el último momento demasiado vago y se le había dado demasiada poca publicidad para que los periódicos ó el público se ocupasen de ella. Sin embargo, en las redacciones del *Avenir national* y del *Reveil* se esperaban noticias. La opinión fué que urgía erigir al que proclamaban mártir un monumento digno de él. La idea no tenía nada de particular, pero he aquí cómo vino á ser ingeniosa. El monumento se erigiría mediante una suscripción abierta en la prensa democrática. De esta suerte se daría importancia á la jornada del 2 de noviembre, y lo que no había sido más que aglomeración más ó menos facciosa, tomaría el aspecto de imponente conmemoración. Así pensaron Peyrat, Delescluze y un literato de primer orden, Challemeil-Lacour, que dirigía entonces la *Revue politique*.

Abrióse, pues, la suscripción en las oficinas del *Avenir national*, el *Reveil*, la *Revue politique* y la *Tribune*. Pero, á pesar de tantas cooperaciones, los primeros resultados fueron mezquinos. ¿Qué hacer? Abandonar el proyecto era rendirse al fracaso; continuarlo sin éxito era exponerse al ridículo. Entonces intervino el gobierno.

Este hubiera podido hacer la vista gorda y dejar que la suscripción se extinguiese por falta de dinero, ó confiscar el proyecto asociándose á él. Esta última idea, verdaderamente original, pasó por la mente de varios contemporáneos. En el consejo de ministros, Rouher desaconsejó, al parecer, las medidas represivas, al paso que Baroche estimó, como guardasellos, que procedía en derecho á la acción judicial, aunque se mostró muy reservado desde el punto de vista de la oportunidad política. A pesar de tales resistencias ó tales dudas, triunfó el partido de la severidad. La instrucción judicial fué corta y tuvo por resultado el enviar ante el tribunal de

policía correccional á los promotores de la suscripción, como igualmente á Quantín, á los dos Gaillard y á Abel Peyroutón.

Varias circunstancias contribuyeron á dar al proceso todo el aparato de que había carecido la manifestación. El delito de que se acusaba á los procesados era el de *manejos en el interior con el objeto de turbar la paz pública*. Esto era poner otra vez en vigor la ley de 27 de febrero de 1858, llamada *ley de seguridad general*, ley que todos los liberales sin distinción habían combatido y que, sin haber sido abolida, parecía el resto de un régimen ya desaparecido. Ciertos periódicos oficiosos abultaron torpemente las persecuciones, como si la cau-



Delescluze

sa que se trataba de defender fuese la del propio imperio. Evocando los recuerdos del 2 de diciembre, la memoria de Baudin apareció en plena luz: si sus partidarios eran miserables, él se destacaba con vivo relieve de entre sus vulgares admiradores, y el gobierno, que era responsable de su muerte, hacía mal en regatearle un monumento. Así hablaban, con cierta irritación, hasta los hombres más moderados. Los acusados se animaban en presencia de esos síntomas. Lo esencial era encontrar abogados que supiesen sacar del precioso muerto todo el partido posible.

Esta designación fué laboriosa. Pensóse desde luego en una defensa única, pero se abandonó la idea. Temióse que las ilustraciones del foro desdeñasen tan humildes clientes, que aceptasen la misión con resignado disgusto y que, por moderación de los años ó por respeto al antiguo decoro judicial, retrocediesen ante las supremas agresiones. Esta exclusión condujo á solicitar el concurso de los *jóvenes*, buscando á los más insolentes. La dificultad fué grande, no porque el elemento joven del foro no fuese entonces bastante insolente, sino porque lo eran todos sus individuos y la elección era difícil.

De los acusados, el más temible para el orden social era Delescluze. El ministerio fiscal le había de atribuir